



La sombra del gato

Delgadillo Álvarez, Dulce María del Carmen

La sombra del gato

CIENCIA *ergo-sum*, vol. 25, núm. 1, 2018 | **e10**

Universidad Autónoma del Estado de México, México

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

Delgadillo Álvarez, D. M. C. (2018). La sombra del gato. *CIENCIA ergo-sum*, 25(1). Disponible en <http://cienciaergosum.uaemex.mx/article/view/9277>

Recepción: 24 de abril de 2017

Aprobación: 29 de agosto de 2017

 Dulce María del Carmen Delgadillo Álvarez
 Laboratorio Nacional de Servicios
 Experimentales del Centro de Investigación y
 de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico
 Nacional, México dulmadelca@hotmail.com


La sombra del gato

La sombra del gato me siguió anoche. Pude verla reflejada en la pared de la casa de enfrente. La fuente de luz emitida desde mi habitación, y que escapaba por la ventana de este lado de la calle, era bloqueada por el cuerpo de ese ser que obstaculizaba su flujo sentado en la barda de mi casa. La silueta bidimensional del gato se proyectaba en la pantalla gigante en que se había convertido el largo, alto y blanco muro ubicado al cruzar la calle. Deduje que el ángulo que formaba la luz, que no obstaculizaba el cuerpo del micho con la barda vertical, era mucho menor a los 90° , pues su silueta en la pared era increíblemente grande. Considerando que conocía muy bien al minino, resultaba irrisorio pensarlo de la magnitud de aquella sombra. No era más que un gato doméstico que, si bien era ya un adulto, no podría haber crecido tanto. Apagué entonces la luz de la habitación en la que me encontraba y la silueta del gato desapareció de momento, o al menos eso detectó mi cerebro en el milisegundo que le tomó ordenar a mi sentido de la visión abrir las pupilas de mis ojos para que dejaran entrar la luz menguada del alumbrado público que invadió el espacio. El ángulo de la dirección de esta fuente luminosa era mucho mayor al que antes había observado, por lo que la sombra del gato disminuyó su tamaño considerablemente.

Al detectar el cambio de iluminación, los órganos sensoriales del gato se activaron y volteó de inmediato hacia la fuente que se había apagado. El minino giró su cabeza hacia la nueva luz que entró hasta el *tapetum lucidum* ubicado en la parte posterior de sus ojos y que, actuando como un espejo, reflejó los rayos luminosos con lo que se incrementó la luz disponible para sus fotorreceptores y mejoró su visión en esa condición de poca claridad. Debido a esto, sus ojos emitieron ese brillo característico que ha dado a los

miembros de su especie y a otros animales que cazan de noche cierta fama maléfica.

Apostándome cerca de la ventana observé al gato sobre el muro. Con los ojos abiertos miraba alrededor moviendo apenas la cabeza. La pasividad con que se movía cambió cuando un ligero ruido alcanzó sus oídos. Los treinta o treinta y dos músculos que componen sus orejas se activaron e hicieron que se movieran de manera independiente una de la otra. La derecha, hacía un punto en la base de la pared; la izquierda, atenta al entorno elevado de la misma. Mis ojos de humano, carentes de *tapetum lucidum*, no tuvieron la luz suficiente para visualizar el objeto de atención del felino. Aguzando el oído tampoco pude oír lo que estaba sucediendo pues, aunque el sistema auditivo del gato es similar al del hombre, su posición en el muro le permitía

escuchar mejor lo que estaba ocurriendo a nivel del suelo.

Dado que por naturaleza es un cazador, el gato se mantuvo extremadamente quieto durante un momento. La tensión se reflejaba en la inmovilidad de su cuerpo, en su mirada fija sobre un punto del suelo y en las vibrisas o cerdas sensitivas ubicadas en el labio superior, en las mejillas, sobre los ojos y en el mentón, que en ese instante se posicionaban hacia atrás, sobre su cara demostrando una actitud simultánea de acecho, defensa y agresividad. En una fracción de segundo, el gato movió su cabeza rápidamente, de lado a lado, al tiempo que calculaba la distancia entre él y su presa. Su esqueleto, constituido por 50 vértebras unidas entre sí por articulaciones flexibles y fijadas por potentes músculos le permitieron saltar cayendo de manera espectacular sobre el botón que, como dije, desde mi atalaya no alcancé a ver. La sombra del gato desapareció de mi vista, pero no de mi mente consciente de que el tierno minino con el que compartía mi casa pertenecía a una especie animal concebida para matar.

Descendientes de aquel grupo de cinco gatas salvajes que se asociaron al hombre en Oriente Medio hace unos 10 000 años, los gatos fueron atraídos a las comunidades humanas por los roedores que parasitaban los cultivos de granos (Driscoll et al., 2007). Siendo un depredador natural de esa fauna nociva muy pronto se convirtió en un aliado del hombre, quien

le proporcionó recompensas por su trabajo; una de éstas fue el alojamiento en su casa. Sin embargo, *Felis silvestris catus*, la subespecie doméstica, es un animal con instinto de cazador y la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza lo ha clasificado como una de las 100 especies exóticas invasoras más dañinas del mundo debido a su participación en la desaparición de 33 especies de pájaros, mamíferos y reptiles catalogados en peligro de extinción en islas de Australia y Nueva Zelanda (Global Invasive Species Database, 2009).

Al desaparecer de mi campo visual, la sombra del gato se mantuvo en mi mente moviéndose con precisión en el proceso que imaginaba sucedía allá afuera. En una suerte de sombras chinescas, visualicé al gato estirando sus patas, golpear con ellas a su presa, tensar los tendones y extender las garras para atraparla. Su mandíbula corta y robusta asestando la mordida letal con sus largos dientes caninos que rompían las vértebras del cuello de su víctima. Activar esa forma de mecanismo de defensa propia de su subespecie para detectar con sus vibrisas la más mínima vibración en el cuerpo inerte de su víctima y no sufrir un ataque inesperado de ésta. Las papilas córneas en forma de espinas de su lengua corta y ancha al arrancar la piel, las plumas o los pelos del cadáver.

Quise retirar esa visión alejándome de la ventana y, como si yo misma estuviera en la mira del depredador corrí a cerrar todos los accesos de la casa. Con temor, recordé la agilidad del gato para saltar salvando trechos de más de tres metros, la elasticidad que le confiere el cartílago que compone sus clavículas para introducirse por rendijas muy estrechas y la forma de afilar sus garras cubiertas por la piel que rodea las almohadillas de sus dedos y emplearlas para escalar muebles y muros. En mi imaginación, este digitígrado organismo se reveló caminando sigilosamente, como solía hacer. Colocando primero los cinco dedos de sus patas delanteras sobre el suelo y, casi directamente sobre las huellas marcadas, los cuatro dedos de sus patas traseras, todo con el fin de minimizar el ruido, eliminar un rastro visible y aparecer de repente a mi lado.

Eso no sucedió, pero durante la noche, la sombra del gato permaneció como el personaje principal de mi facultad humana para representar mentalmente sucesos, y recordé aquel que varias veces al año sucedía en la azotea de mi casa. En esas ocasiones se escuchaba a las gatas maullar con frecuencia y a los machos que habían detectado con su órgano vomeronasal las feromonas de las hembras en celo, luchar por su derecho a copular. Luego de un hecho como este, y pasados alrededor de 65 días, no fue raro encontrar que algún rincón de mi casa había sido usado como refugio de maternidad de gatas que no eran mías. El hospedaje de esas michas duraba entre cuatro y seis semanas, periodo de lactancia de los cachorros. Varias veces observé cómo la madre gata protegía a sus gatitos. Para mantenerlos aislados y a salvo de depredadores entre los que estábamos los miembros humanos

de la casa, los sujetaba con la boca por la nuca y los transportaba a escondrijos nuevos que buscaba en los breves momentos que se separaba de ellos para estirarse y satisfacer sus necesidades básicas. Ninguno de esos inquilinos temporales se estableció de manera permanente en mi morada. Tal vez porque, aquel cuya sombra seguía fija en mi mente, tenía marcado su territorio y sólo daba oportunidad a hembras necesitadas de un espacio para parir quizá porque en esas ocasiones él era el padre de las crías.

El resto de la noche transcurrió sin ruidos de maullidos, peleas o correrías en la azotea de la casa y con la luz de la mañana la sombra del gato se desvaneció en mi mente y desapareció de la pared a pesar de mi intento por reconstruirla en ella. Iniciando las actividades cotidianas me

olvidé de los sucesos acaecidos apenas unas horas antes y volví a abrir puertas y ventanas, pues después de todo mi vida y una de las siete o nueve de mi gato continuaba. Además, como integrante de la casa, el minino entraría a descansar de su actividad nocturna, durmiendo como lo hacía regularmente durante gran parte del día.

Mi gato no usa sombrero o botas. No tiene un cascabel atado al cuello y tampoco exhibe una sonrisa de luna menguante en el fondo negro de su cara, pero me ha acompañado en la oscuridad y bajo la lluvia. Y, en mañanas como ésta, en un juego inverso de dioses y adoradores, se viste de Bastet y sumiso viene y se postra a mis pies de simple mortal para entregarme como una ofrenda el fruto de su cacería.



REFERENCIAS

- Driscoll, C. A., Menotti-Raymond, M., Roca, A. L., Hupe, K., Johnson, W. E., Greffen, E. [...] Macdonald, D. W. (2007). The Near Eastern Origin of Cat Domestication. *Science*, 317(5837), 519-523.
- Global Invasive Species Database. (2009). Disponible en <http://www.iucngisd.org/gisd/speciesname/Felis+catus>